

3.1 Freud ante la mujer en la invención del psicoanálisis.

- Freud before women in the invention of psychoanalysis.

Jorge Marugán Kraus.
Departamento de Investigación y Psicología en Educación.
Univ. Complutense de Madrid.
Correo-e.: jmarugank@yahoo.es

Fecha de Recepción: 1 de Agosto de 2019 / Fecha de Aceptación: 30 de Noviembre de 2019

Resumen: Este trabajo cuestiona la relación del inventor del psicoanálisis con lo femenino, el lugar que ocuparon ciertas mujeres en esa invención y la influencia de estas en el surgimiento incipiente de la teoría psicoanalítica de la feminidad. Se realizará una lectura y análisis de diversos textos y pasajes de la correspondencia freudiana que manifiestan, en primer lugar, los temores y prejuicios de Freud ante la mujer, su posibilidad de enfrentarse a ellos y la influencia de ambos aspectos en su obra. En segundo lugar, se pondrá de manifiesto la evolución de la concepción de lo femenino en la obra freudiana a través del su encuentro con diferentes series de mujeres, su capacidad para escucharlas y aprender de ellas. Finalmente se abordarán los elementos que posibilitaron la inauguración de una teoría que da cuenta de lo que no es igual en los dos sexos.

Palabras clave: Freud, psicoanálisis, histeria, feminidad, mujer

Abstract: This work questions the relationship of the inventor of psychoanalysis with the feminine and the place they occupy certain women in that invention from a reading and analysis of certain texts and epistolary passages. We will see as manifest the fears and prejudices of Freud before the woman, his manner of dealing with them, his encounter with different series of women, their ability to learn from them and the possibility of initiating a theory that account for what is not the same in the two sexes.

Keywords: Inheritance, Object-oriented programming, Programming languages.

1. Introducción:

A lo largo de su vida y obra, el lugar de Sigmund Freud ante las mujeres fue sintomático y paradójico. Sintomático porque partió del menosprecio y el temor, y paradójico porque, a pesar de lo anterior, consiguió escucharlas y aprender de su saber, de sus confesiones, de sus demandas amorosas y, con ello, inventar el psicoanálisis.

Los escritos de Freud muestran cómo en diferentes momentos idealiza la pureza de ciertas mujeres (su madre Amalia, su novia Martha, su hija Anna...) y, denigra a otras: ¡histéricas!, a las que llega a calificar de perversas, homosexuales y depositarias de una sexualidad exacerbada. Así, frente a las mujeres "amables", idealizadas, representantes de una feminidad asexual, se alzarán para él la sombra de mujeres reales y temibles, con cuerpo, sexo y deseo. Dualidad que reflejaba así en 1.910 (Freud, 1996d, p. 160):

La mujer casta e insospechable nunca ejerce el atractivo que pueda elevarla a objeto de amor, sino sólo aquella cuya conducta sexual de algún modo

merezca mala fama y de cuya fidelidad y carácter intachable se pueda dudar.

Pero ¿de dónde viene esta escisión en Freud de la figura femenina y qué consecuencias tiene en la invención del psicoanálisis?

Las maestras de la sexualidad.

Comencemos este recorrido por una referencia a la temprana infancia de Freud. En octubre de 1897 escribe a su gran amigo de entonces Wilhem Fliess (Freud, 1995b, p. 274):

Mi autoanálisis [...] me ha proporcionado valiosísimas referencias y revelaciones [...] mi "creadora" fue una mujer fea y vieja, pero inteligente, la cual me contó muchas cosas de Dios y del infierno y me proporcionó una elevada estima de mis propias facultades [...] ella era mi profesora en cuestiones sexuales y me regañaba porque yo era torpe y no sabía hacer nada

(1) Ingeniera de Sistemas y Magíster en Tecnologías de la Información aplicadas a la Educación de la Universidad Pedagógica Nacional, Especialista en Edumática de la Universidad Autónoma. Actualmente, es Docente de la Corporación Universitaria del Huila CORHUILA y pertenece al Grupo de Investigación Procing de la misma Universidad.

(2) Ingeniera de Sistemas, Magíster en Computación, Especialista en Soluciones y Desarrollo Informático de la Universidad del Cauca. Gestora de la línea de tecnologías virtuales del Tecnoparque nodo Popayán e integrante del Grupo de Investigación IDIS de la Universidad de Cauca.

(siempre ocurre así en la impotencia neurótica) [...] Además ella me lavaba con agua rojiza, en la que se había lavado anteriormente [...] y me induce a robar "Zehner" (piezas de 10 Kreuzer), para dárselas a ella.

Según su autoanálisis, su "creadora", la primera mujer, no fue la joven y bella madre Amalia, sino la fea, vieja, seductora y ladrona niñera. Ella fue, además, una exigente maestra en el saber sexual. Así, siguiendo el trabajo de Anzieu (1979) sobre ese autoanálisis, la disociación femenina quedaba establecida para Freud: el oscuro saber de la niñera preservaba, o mejor, acentuaba el brillo de la inocente y casta madre.

En ese lado oscuro quedaban las histéricas. Histeria y perversión desvelaban la peor cara de la mujer, como muestra esta advertencia epistolar a su colega Abraham con ocasión de una visita de éste a Fliess (citado por Gay, 1996, p. 216): "En particular le prevengo contra su mujer, estúpida y a la vez avispada, maligna, una verdadera histérica; en una palabra: perversión, no neurosis". Pero, malignas o no, Freud pudo escuchar a las histéricas desde un lugar que nadie había podido. Las pacientes Anna O., Emmy von N., Lucy R., Katharina, Elizabeth von R., Cäcilie M., Enma Eckstein, Irma, la Bella Carnicera, Dora... con su saber fueron también pioneras del psicoanálisis. La Sra. Emmy Von N., por ejemplo, en la mañana del 10 de mayo de 1889, inventó la asociación libre: "¡quédese quieto! ¡no hable! ¡no me toque!" exhorta a Freud, empeñado por entonces en sugestionar e hipnotizar. Y, entonces, acontece el milagro de la palabra (Breuer y Freud, 1996, p. 27):

La conversación que mantiene conmigo mientras le aplican los masajes no es un despropósito, como pudiera parecer; más bien incluye la reproducción, bastante completa de los recuerdos e impresiones nuevas que han influido sobre ella desde nuestra última plática, y a menudo desemboca, de una manera enteramente inesperada, en reminiscencias patógenas que ella apalabra sin que se lo pidan.

Además, hipnotizar a histéricas es peligroso (Freud, 1996k, p. 26):

Me encontraba con una de mis pacientes más dóciles, en quien la hipnosis había posibilitado notabilísimos artilugios; acababa de liberarla de

su padecer reconduciendo un ataque de dolor a su ocasionamiento, y hete aquí que al despertar me echó los brazos al cuello. El inesperado ingreso de una persona de servicio nos eximió de una penosa explicación, pero a partir de entonces, en tácito acuerdo, renunciamos a proseguir el tratamiento hipnótico. Me mantuve lo bastante sereno como para no atribuir este accidente a mi irresistible atractivo personal, y creí haber aprendido la naturaleza del elemento místico que operaba tras la hipnosis.

Fue difícil para Freud reconocer públicamente la deuda contraída con aquellas mujeres y su saber. Tan sólo en su Psicopatología de la vida cotidiana, de 1901, encontramos un atisbo de reconocimiento cuando, a vuelapluma, aprecia en la mujer un "discernimiento más fino de los procesos anímicos inconscientes" (1996a, p. 144). Aunque privadamente, ya lo había hecho (1995b, p. 234): "Si conocieras a Z. v. K. [su paciente Cäcilie M.] no habrías dudado ni un momento que sólo esta mujer podría haber sido mi maestra".

Sus "maestras" le muestran la etiología sexual de la histeria y el concepto de represión; pero también son maestras en el encubrimiento: ¡mienten! Cuando Freud lo intuye cae en la desazón (1995b, p. 267): "Ya no creo más en mi neurótica". Años después, recordaría este episodio como el más difícil (1996g, p. 17): "En ese momento, con gusto habría dejado yo todo el trabajo en la estacada, como hizo mi ilustre predecesor Breuer en ocasión de su indeseado descubrimiento. Quizá perseveraré porque no tenía la opción de principiar otra cosa".

Freud aceptó ocupar el lugar al que se dirige la demanda de amor loco de la histérica sin corresponderlo ni rechazarlo, y eso le facilitó seguir escuchando. Breuer, paralizado por la "embarazosa" transferencia amorosa de Anna O. no pudo seguirlo, y años después comentaría (citado por Breger, 2001, p. 173):

Aprendí muchas cosas, cosas valiosas desde un punto de vista científico, pero también [...] que es imposible para un médico [...] tratar un caso así sin que su práctica profesional y su vida privada resulten totalmente arruinadas. En ese momento juré no someterme nunca más a una prueba tan dura.

El principio de abstinencia.

Pero ¿de dónde sacó Freud la entereza para sostenerse en el resbaladizo terreno del amor de transferencia de la paciente histérica y establecer el principio ético fundamental de la abstinencia del analista en la cura?

Recordemos cómo, ante los devaneos amorosos de renombrados analistas como Jung y Ferenczi con sus pacientes, Freud promulga y justifica el principio de abstinencia (1996f, p. 169):

La técnica analítica impone al médico el mandamiento de denegar a la paciente menesterosa de amor la satisfacción apetecida [...] Si su cortejo de amor fuera correspondido sería un total triunfo para la paciente y una completa derrota para la cura. Ella habría conseguido aquello a lo cual todos los enfermos aspiran en el análisis: actuar, repetir en la vida algo que sólo deben recordar, reproducir como material psíquico y conservar en un ámbito psíquico [...] la relación de amor pone término a la posibilidad de influir mediante el tratamiento psicoanalítico; una combinación de ambos es una quimera.

Además (Freud, 1997, p. 50):

Es el más “grandioso” espectáculo natural el que ofrece la capacidad de estas mujeres para sacar a relucir, como encantos, todas las perfecciones psíquicas imaginables hasta que han logrado su objetivo. Cuando ha sucedido esto último o queda confirmado lo contrario, se asombra uno ante la constelación opuesta.

Hay que mantener “la probeta bien fría o suficientemente inclinada” para que la demanda histérica de amor en la cura pase a ser un simple fluido de laboratorio (Freud, 1997, p. 55):

Dada la naturaleza del tema con el que trabajamos no se podrán evitar nunca pequeños accidentes de laboratorio. Quizá no se ha mantenido la probeta lo suficientemente inclinada, o bien se ha calentado demasiado rápido. Así se aprende qué riesgo depende de la materia y cuál del manejo de la misma.

Ese amor, en cualquier caso, constituye una resistencia al progreso del análisis (Freud, 1996f, 165):

La paciente, aún la más dócil hasta entonces, ha perdido de pronto toda inteligencia del tratamiento y todo interés por él, no quiere hablar ni oír más que de su amor, demanda que le sea correspondido; ha resignado sus síntomas y los desprecia, y hasta se declara sana. Sobreviene un total cambio de vía de la escena, como un juego dramático que fuera desbaratado por una realidad que irrumpe súbitamente (por ej. una función teatral suspendida al grito de ¡Fuego!). r,

Assoun (1994, p. 116) observa cómo Freud asimila el análisis a una escena de ficción, mientras el amor transferencial es equiparado a un acontecimiento real, violento, repentino, revolucionario en el sentido que desbarata la escena del análisis. Con lo que este autor interpreta: “La convención que une a un hombre (el analista) y a una mujer (la analizante) para buscar juntos la verdad [la representa] el analista, mientras que la mujer, por su parte, reintroduce lo real en el escenario analítico, como un adoquín en un charco”.

Según Freud, esta situación pone al hombre-analista en una encrucijada, pero él tiene la solución (1996f, p. 170): “Uno debe guardarse de desviar la transferencia amorosa, de ahuyentarla o de disgustar de ella a la paciente; y con igual firmeza uno se abstendrá de corresponderle. Uno retiene la transferencia de amor, pero la trata como algo no real”. Habría que tratar lo “real” como algo no real; es decir... ¡al fuego como si no quemara!

El ideal del padre frente al poder femenino.

Para Freud, la “feminidad” de la mujer histérica había quedado en entredicho desde el Caso Dora (1996b, p. 104):

No atiné a colegir en el momento oportuno, y comunicárselo a la enferma, que la moción de amor homosexual (ginecófila) hacia la señora K. era la más fuerte de las corrientes inconscientes de su vida anímica [...] Antes de llegar a individualizar la importancia de la corriente homosexual en los psiconeuróticos me quedé muchas veces atascado,

o caí en total confusión, en el tratamiento de ciertos casos.

Freud reconoce sus dificultades para llegar a valorar la importancia de la figura de la “otra mujer” en las histéricas. Aquí Lacan (2000, p. 213) concluye:

Esto proviene, diremos nosotros, de un prejuicio [de Freud], aquel mismo que falsea en su comienzo la concepción del complejo de Edipo haciéndole considerar como natural y no como normativa la prevalencia del personaje paterno [...] Freud, en razón de su contratransferencia vuelve demasiado constantemente sobre el amor que el señor K. [subrogado paterno] inspiraría a Dora.

De acuerdo con Lacan, Freud generaliza el amor al padre y su presencia. Si consideramos al padre mítico del texto de 1913 Tótem y tabú como una respuesta de Freud ante aquello que descubre el saber histórico, esto es, la impotencia del padre; ese “protopadre” no sería sino un padre imaginado por Freud; un padre amado y elevado a un rango de omnipotencia para proteger del deseo caprichoso y mortífero de la madre.

El eco de esta idealización freudiana del padre resuena en una inserción poética en Tótem y tabú (1996e, p. 156):

Ariel, en La tempestad:
“Full fathom five thy father lies;
Of his bones are coral made;
Those are pearls that were his eyes:
Noting of him that doth fade,
But doth suffer a sea-change
Into something rich and strange”.
{“A cinco brazas plenas yace tu padre;
coral se ha hecho de sus huesos;
perlas son lo que sus ojos fueron:
todo lo que en él decae
sufre una conversión marina
en algo extraño y rico”}

Freud pretende ejemplificar así su tesis sobre el mito del asesinato del padre primordial por la banda de hermanos y cómo ese acto deja huellas imperecederas en la historia de la humanidad que, en este caso, son revelados en la creación poética. Lo llamativo es que esta metamorfosis marina del padre, el “coral de sus huesos”, las “perlas de sus

ojos”, resulta ser una metáfora de la feminidad. Así, el ideal paterno parece surgir del “eterno femenino”. Este amor al padre idealizado enfría el fuego de la mujer menos “amable”, heredera de la cara oscura de la madre.

Las mujeres “sacrificadas”.

Si Freud (1996c, 173) ensalza a los guardianes de la cultura que “resisten” al poder femenino pues “sólo una minoría consigue el dominio por sublimación, por desvío de las fuerzas pulsionales sexuales desde sus metas específicas hasta metas culturales más elevadas”, él mismo no quedó indemne por ese desvío. Hay un devenir funesto para ciertas mujeres que parecían interponerse en las amistades masculinas de Freud. Citaremos tres episodios.

El primero atañe a su gran amigo de adolescencia: Silberstein; con él había fundado la “Academia Española” para aprender castellano, leer a Cervantes y compartir secretas conspiraciones (1995a, p. 70):

Una antigua superstición dice que ningún edificio puede estar sólido si sus cimientos no han costado la vida de, por lo menos, una persona. Sacrifiquemos a la firmeza de nuestra A[cademia] E[spañola] dos ofrendas, dos princesas o Reinas, que antes en nuestro reino han imperado.

Y cuando Silberstein relata sobre sus escauceos con una de aquellas, el joven Sigmund (1995a, p. 107) maldice a las féminas: “malvadas, débiles, banales, vanidosas, incapaces para los trabajos serios...”. Pero el sacrificio parece tornarse real años después, lo señala el biógrafo Rodrigué (1996, p. 96) y adquiere plena dimensión trágica: en 1891, la mujer de Silberstein se suicidó lanzándose desde el tercer piso de la vivienda-consulta de Freud cuando estaba en tratamiento con él.

La historia del segundo sacrificio puede ser titulada “La inmolación de Emma Eckstein”. Resumámosla: en febrero de 1895 su “amado amigo” Fliess ideó una revolucionaria técnica quirúrgica nasal que Freud impone a una de sus pacientes histéricas que sufría parálisis, problemas digestivos y dismenorrea, la Srta. Ekstein. Unas semanas antes, Freud (1995b, p. 107 y ss.) confesaba a Fliess: “Yo no me habría atrevido a inventar ese plan de tratamiento por mí mismo, pero confidencialmente me asocié contigo a él”. El resultado de la intervención nasal fue, en primer

lugar, tumefacción, dolores, hemorragias masivas con pequeños huesos incluidos, olor fétido... Después, lo insólito:

Rosanes limpia el contorno de la abertura, quita los coágulos de sangre que estaban adheridos, y de un golpe, se pone a tirar de alguna cosa que parecía un hilo; continúa tirando, antes de que nadie hubiera tenido tiempo de reaccionar, había extirpado de la cavidad un largo trozo de gasa que bien medía 50 cms. Un instante después sigue una ola de sangre, la enferma se pone totalmente blanca, tiene los ojos desorbitados, y no tiene pulso. Por supuesto puso enseguida una nueva gasa con yodoformo y la hemorragia cesa, no había durado más de 30 segundos aproximadamente, pero había bastado para hacer irreconocible a esta pobre criatura que yacía sin fuerzas [...] teniendo delante el espectáculo de la enferma, me siento mal; después que se ha puesto un buen tapón, corro a refugiarme a la habitación de al lado, bebiendo una botella de agua me siento muy miserable.

Y unos días después:

En mis pensamientos he perdido la esperanza por la pobre muchacha y me siento inconsolable por haberte implicado y creado un asunto tan enojoso. También lo siento por ella me había aficionado mucho a su presencia.

Emma quedó desfigurada, pero sobrevivió. Incluso se hizo psicoanalista, como muestran estas llamativas palabras (Freud, 1995b, p. 297): "Eckstein trata a su paciente deliberadamente de tal forma que impide proporcionarle la menor sugestión de lo que emergerá de su inconsciente [...] la muchacha lo está haciendo bien". Anzieu (1979, p. 63) ideó para este episodio un dramático epitafio: "Emma, virgen sacrificada y ensangrentada en el altar del amor homosexual casto entre Freud y Fliess".

Finalmente, asistimos al tercer sacrificio. Sabina Spielrein entró en la escena del psicoanálisis por el lugar inadecuado en el momento inoportuno: como paciente, alumna y amante de Jung. Sin embargo, fue una de las primeras mujeres que, por méritos propios, se hizo un hueco entre los jóvenes investigadores del inconsciente. Cuando Jung, en 1.909, se asustó del posible escándalo

que supondría aquella relación adúltera fraguada en su diván, inició una retirada más bien poco digna. Sabina, inocente, pidió ayuda a Freud, quien rápidamente dio novedades a su entonces gran amigo (1997, p. 47): "¿Busca darse importancia, es afán de chismorreos o bien paranoia?" Dos años después, el 11 de octubre de 1.911, la ya Dra. Spielrein, era aceptada como nuevo miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Su admisión se produjo en la misma y tensa reunión en que "he obligado a salir de la Sociedad a toda la banda de Adler". A pesar de la acritud de la jornada, la bienvenida de Freud para ella es cálida y halagadora (1997, p. 323): "Como mujer tiene ese privilegio sobre los demás de observar los afectos de los que toma medida. Todo lo embellece cuando se digna de alguna forma a pasar una mano dulce sobre las arrugas y las brechas". Después, tras escucharla en la sesión ordinaria de la Sociedad del 8 de noviembre, la piropea ante Jung: "Habló de un modo muy inteligente y ordenado". Carotenuto (1984, p. 25) muestra la felicidad de Sabina citando su diario:

Mi primer trabajo ha tenido mucho éxito y precisamente gracias a mi disertación me he convertido en miembro de la Asociación Psicoanalítica. El Prof. Freud, al que ahora amo tiernamente, está entusiasmado conmigo, habla a todos de mi "estupendo trabajo" y también personalmente me trata con gran amabilidad.

Pero ante un Jung, que ya se distanciaba teórica y afectivamente de Freud frustrándolo dolorosamente, las referencias a la Dra. Spielrein tienen ciertos matices... e incluyen lapsus (1997, 336):

La Spielrein ha presentado ayer un capítulo de su trabajo (he estado a punto de escribir "su" con mayúscula), a lo cual siguió una discusión instructiva. Me llamaron la atención algunas formulaciones contra su modo (ahora sí que va en serio lo de su) de trabajar en mitología, que presenté también a la pequeña. Por lo demás es muy buena y comienza a comprender.

Primero, y por dos veces, "Su" con mayúscula, alusivo en alemán a usted, como si atribuyera el trabajo a Jung; luego, "la pequeña"; después halagos... Sin duda, Spielrein estuvo en el lugar inadecuado en el momento inoportuno.

La estrella psicoanalítica de Spielrein no estaba destinada a brillar; cuando su situación económica comenzó a

empeorar, solicitó a Freud apoyo personal y profesional, pero las cartas de éste, Gran Guerra de por medio, se volvieron frías, escasas y breves. Y cuando Spielrein, en penuria económica, comunicó al Profesor su decisión de traducir al ruso las obras de Jung, Freud, a sabiendas de su situación, tardó veinte meses en volver a escribirla, no le mandó un sólo paciente, le negó sus consejos clínicos y le reprochó enérgicamente una presentación de la teoría de la libido para cierta revista "completamente errónea". Después de otro año de silencio, en mayo de 1.922 se disculpó por no contestar a sus cartas y en su siguiente misiva, nueve meses más tarde, tras la muerte de la madre de ella, le incita a volver a Rusia con una despedida gélida: "Le ruego con insistencia que ponga su dirección en el encabezamiento de su carta, lo que muy pocas mujeres hacen".

Según el relato de Molfino (2002, p. 253), la mala estrella de Spielrein la acompañó hasta el final: a principios de 1930 su marido muere psicótico; a partir de 1934 el estalinismo acabó con sus hermanos; en 1938 murió su padre; en 1941 vivía en un sótano de Rostov, con sus dos hijas, cuando la ciudad fue invadida por los nazis. Spielrein, siendo judía, pero creyendo conocer suficientemente la cultura germánica, se entregó junto a sus hijas y las tres fueron fusiladas.

Las mujeres que inauguran la teoría psicoanalítica de la feminidad.

Como muestran los apartados anteriores, la relación de Freud con lo femenino está plagada de dificultades y conflictos. Lo paradójico es que, de ese carácter conflictivo surgirá una profunda teoría de la diferencia sexual y de la feminidad. En este sentido, la historia de la relación de Freud con la mujer es ejemplar respecto a lo que se manifiesta numerosas veces a lo largo de su obra: el hecho de que una traba, un obstáculo, un límite, acabe provocando un gran salto, un gran avance teórico. Así, sólo un "neurótico" podía inventar el psicoanálisis, y sólo alguien cuya relación con la mujer se establece a partir del menosprecio, el temor y la idealización podía alumbrar una teoría privilegiada de la feminidad.

Es conocido que la cuestión de la diferencia sexual quedará, en un principio, instalada para Freud sobre criterios estrictamente anatómicos. Así, todavía en 1914 (1996, p. 72), en su trabajo De la historia de una neurosis infantil, establecerá la herida de la "castración" como la condición

esencial de lo femenino y su deseo característico: poseer un pene. Llega a decir que la mujer, entonces, no desea estrictamente al varón, sino que éste "es aceptado como un apéndice del pene" (1996h, p. 119). La "envidia" de pene haría a la mujer portadora de un terrible peligro: "el deseo de guardar consigo el pene del hombre". Sin embargo, la introducción de los conceptos de narcisismo en 1913 y pulsión de muerte en 1920, el replanteamiento de la transferencia amorosa en la cura (1914), la continuación de su "autoanálisis", la aportación de las mujeres analistas y, en particular, el encuentro personal de Freud con otra serie de mujeres, le permitió vislumbrar algo más que pasividad, histeria y herida anatómica en lo femenino. Llegarán mujeres que romperán el prejuicio freudiano de que ellas son ángeles o demonios; mujeres que se ganarán su respeto y admiración y que le permitirán otra representación de la feminidad. Destaquemos a una: Lou Andreas-Salomé.

Lou Andreas-Salomé, fue para Freud la cara opuesta de Sabina Spielrein. También fue, por unanimidad, una mujer extraordinaria. Según Rodriqué (1996b, p. 111), Lou ha sido definida como "la mujer gata de fin de siglo" o "eternamente femme fatale". En 1882, enamora y desgarró a Nietzsche y a Paul Ree, con los que convivió. Por ejemplo, Nietzsche, en diferentes momentos, escribirá de ella (Fusini, 2002, 189-191):

Sólo desde el momento en que la conocí, alcancé realmente la madurez para mi Zarathustra.

Un intelecto espléndido es el efecto de una masa de cualidades morales.

Creí que me había sido enviado un ángel [...] pero no era un ángel [...] Es superficial, inmoral, sin alma.

Ree, por su parte, se suicidaría después de que ella lo abandonase. También el poeta Rilke, catorce años menor, fue su "amante atormentado". Hubo muchos otros amantes eminentes como el Dr. Bjerre, quince años más joven, que la describiría así (Rodriqué, 1996b, 110):

Lou era una mujer extraordinaria. Tenía el don de penetrar totalmente en el espíritu de los hombres que amaba. Su intenso poder de concentración atraía el fuego intelectual de su compañero [...] Podía enamorarse, pero sólo en el momento y con una pasión curiosamente fría. Creo que Nietzsche tenía razón cuando dijo que Lou era diabólica, aunque es preciso entenderlo en el

sentido goethiano del término, según el cual el mal produce el bien. Ella me hizo mucho mal y me dio mucho [...] Es posible que haya destruido vidas y casamientos, pero su compañía era estimulante. Se percibía en ella la chispa del genio.

El "genio" de Lou la llevó, además, a ser novelista de éxito, ensayista y crítica literaria. Tenía cincuenta y un años cuando fue presentada a Freud durante el Tercer Congreso de Psicoanálisis, en 1911. Ella recuerda que el Profesor rio ante su deseo vehemente de estudiar psicoanálisis. Un año más tarde escribía a Freud sobre su intención de pasar unos meses en Viena para asistir a sus conferencias y reuniones, y dedicarse con mayor profundidad al estudio del psicoanálisis que la absorbe. Lou cayó en gracia desde el principio, como demuestran estas primeras líneas de Freud respecto a algo ante lo que el profesor era inexorable (1997, 434 y ss.): "Nos hemos visto obligados a suprimir toda relación entre los disidentes adlerianos y nuestro grupo y rogamos también a nuestros visitantes médicos que escojan entre aquellos y nosotros", pero "nada más lejos de mi pensamiento que hacerle extensiva, estimada señora, semejante restricción. Y, como despedida: "En espera de que me brinde alguna oportunidad de una conversación privada, quedo siempre su devoto servidor". Ya en Viena Freud la mimaba, como muestran estos pasajes:

Ignoro si su modo de vida le permitirá una discusión después de las diez de la noche, mi tiempo libre no empieza antes. Si puede decidirse a otorgarme en hora tan tardía el honor de su visita, me comprometo, por mi parte de buena gana, a acompañarle luego a su casa.

Lamento tener que contestar su amable carta por escrito, es decir, que el sábado no estuviera en mi curso. Me vi privado así de mi punto de fijación y hablé con inseguridad. Me mimaba [...], en lo que se anuncia, ante todo, la advertencia de que uno no se deje mimar en exceso, para no sentirse luego demasiado privado.

Desde el comienzo, Freud, sabio, consciente de sus propias lagunas, marcó a Frau Andreas-Salomé con un deseo (Fusini, 2002, p. 193 y ss.): "un artículo que afronte la relación del psicoanálisis con los problemas de la vida femenina que usted conoce". La respuesta de la autora marcaría, a su vez, el sendero psicoanalítico por donde abordar el "dark continent", como llamaría Freud

a lo femenino. La escritura y reflexiones de Andreas-Salomé sobre la feminidad tenían larga data y una base nietschiana. Por ejemplo, en 1882 escribiría: "El amor es para los hombres algo absolutamente distinto que para las mujeres. Para los hombres, es afán de posesión o adoración... Pero ¿y para las mujeres?" Según Fusini, Lou ya se había cuestionado la feminidad en varios ensayos anteriores a su irrupción en el psicoanálisis: El humano como mujer (1899), Reflexiones sobre el problema del amor (1900) y Erotismo (1910). Pero en 1.914, alumbró lo que llamaría "su huevito" para Freud: El tipo hembra. Este trabajo es, para Fusini, la aportación más notable entre sus numerosos estudios dedicados al análisis del carácter femenino y recopila algunas conclusiones de Andreas-Salomé que impactan; hasta el propio Lacan parece haber tomado apuntes:

1º La diferencia sexual y el misterio de la feminidad determinan una relación desigual entre los sexos, dispar, donde no se compone ningún entero; quedan, en el lugar de los hombres y las mujeres, unas simples sombras y una decepción, para algunos insoportable.

2º La mujer, auténtico "superhombre", es paradójica, es un ser doble, es dos-en-uno, virgen y madre; la mujer está dotada de un mecanismo que le permite "respirar la vida hasta el fondo", no es cuestión de inferioridad o superioridad, sino de diferencia.

3º A la madre, reliquia estática que transporta lo femenino a un interior que custodia maravillas, responde el símbolo paterno, que también brilla, pero no se conserva, móvil por definición, circula. El padre interviene para distraer a la niña hacia el intercambio genital, pero la niña no entiende que halla de cederlo todo, es decir, mantiene una dimensión de la interioridad, de lo invisible, de lo inefable... replegada sobre sí misma pero no partida, erige su ideal allí donde se abandona.

4º El narcisismo, autoafirmación y abandono a lo ilimitado al mismo tiempo, define un rasgo de lo femenino; cuando un lado sale perdiendo -el narcisismo del yo- el otro gana; así la mujer experimenta una felicidad de la que el hombre no tiene idea.

Así, a mediados de 1.931, Freud escribía a Lou (Fusini, 2002, p. 299):

Ciertamente, no me ha ocurrido con frecuencia admirar un trabajo psicoanalítico en lugar de criticarlo. Pero esto es lo que tengo que hacer esta vez. Se trata, en efecto de lo más bello que he leído de usted y constituye una demostración involuntaria de su superioridad frente a todos nosotros.

Aunque, ya desde 1.915, la capacidad de Lou venía siendo decididamente ensalzada (Freud, 1.997, p.108 y 128):

Llegó su manuscrito y ya se encuentra en la redacción que se lo agradece de veras. En mi opinión es lo mejor que hasta ahora me ha obsequiado. Expresa de forma muy hermosa tanto su increíble finura de comprensión como su extraordinaria capacidad de síntesis de aquello que la exploración ha discernido. Resulta aburrido y dará impresión de insinceridad si respondo a cada una de sus cartas con cumplidos. ...es usted una entendedora por "excellence", a lo que se añade que comprende más y mejor lo que se le presenta.

No cabe duda de que, como pionera en la exploración de "lo diferente", Andreas-Salomé establecerá la base la concepción psicoanalítica de la posición femenina. Pero, sobre todo, como mujer extremadamente seductora y, a la vez, intelectualmente admirable, abrirá la puerta del reconocimiento y valorización de lo femenino para Freud. Después de Lou, por la misma senda, llegaron otras mujeres sabias, queridas y respetadas. Rodrigué (1996b, p. 396) asevera que, a partir de 1920, las mujeres reemplazan a los hombres en el corazón de Freud: además de Lou, Marie Bonaparte, Ruth Mack Brunswick, Helen Deutsch y Dorothy Burlingham.

Y, como ya hizo con las histéricas, Freud puede escuchar y aprender. En 1917 da un importante paso en la elaboración de sus fantasmas femeninos en su texto El tabú de la virginidad (1996i, p. 202) en el que concluye la existencia de un horror básico a la mujer que acaso se funde "en lo diferente, eternamente incomprensible, misteriosa y ajena que resulta". Considero este momento, este posicionamiento de extrañeza ante lo femenino, este nombramiento de lo diferente de la mujer más allá de un simple reflejo especular de "hombre castrado", como el momento inaugural de la teoría psicoanalítica de la feminidad.

Mucho después, en 1933, reconocerá la feminidad como un "enigma inabordable para el psicoanálisis" (1996l, p. 108 y 124) y concluirá la no complementariedad de los dos sexos en cuanto a que la forma de amar de cada uno permanece separada por una "diferencia de fase psicológica".

En conclusión, si la concepción freudiana de la feminidad surge, inicialmente, de un "desvarío" personal de Freud cuyo resultado es un desprecio hacia la mujer, de tal desvarío emerge una sorprendente teoría que permite pensar psicoanalíticamente lo diferente y que, décadas después, continuará y formalizará otro psicoanalista eminente: Jacques Lacan.

REFERENCIAS / REFERENCES:

- [1] AANZIEU, D. (1979). El autoanálisis de Freud: el descubrimiento del psicoanálisis, I. México D.F., México: Siglo XXI.
- [2] ASSOUN, P.L. (1994). Freud y la mujer. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- [3] BREGER, L. (2001). Freud, el genio y sus sombras. Buenos Aires, Argentina: Ediciones B.
- [4] BREUER, J. Y FREUD, S. (1996). Estudios sobre la histeria. En Obras Completas, vol. II. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1895).
- [6] CAROTENUTO, A. (1984). Una secreta simetría: Sabina Spielrein entre Freud y Jung. Barcelona, España: Gedisa.
- [7] FREUD, S. (1995a). Edición crítica de la Correspondencia de Freud establecida por orden cronológico, vol. 1. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- [8] FREUD, S. (1995b). Edición crítica de la Correspondencia de Freud establecida por orden cronológico, vol. 2. Madrid, España: Quipú.
- [9] FREUD, S. (1996a). Psicopatología de la vida cotidiana. En Obras Completas, vol. VI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1901).
- [10] FREUD, S. (1996b). Fragmento de un análisis de un caso de histeria. En Obras Completas, vol. VII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1905).
- [11] FREUD, S. (1996c). La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna. En Obras Completas, vol. IX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1908).
- [12] FREUD, S. (1996d). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En Obras Completas, vol. XI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1910).
- [13] FREUD, S. (1996e). Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y los neuróticos. En Obras Completas, vol. XIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1913).
- [14] FREUD, S. (1996f). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En Obras Completas, vol. XII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1914).
- [15] FREUD, S. (1996g). Contribución a la historia del movimiento

psicoanalítico. En Obras Completas, vol. XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1914).

[16] FREUD, S. (1996h). Sobre las transposiciones de la pulsión sexual, en particular del erotismo anal. En Obras Completas, vol. XVII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1917).

[17] FREUD, S. (1996i). El tabú de la virginidad. En Obras Completas, vol. XI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1918).

[18] FREUD, S. (1996j). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras Completas, vol. XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1921).

[19] FREUD, S. (1996k). Presentación autobiográfica. En Obras Completas, vol. XX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1925).

[20] FREUD, S. (1996l). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En Obras Completas, vol. XXII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (orig. 1933).

[21] FREUD, S. (1997). Edición crítica de la Correspondencia de Freud establecida por orden cronológico, vol. 3. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

[22] FUSINI, N. (2002). Lou Andreas-Salomé, la amante. En Vegetti (ed.), Psicoanálisis en femenino. Madrid, España: Síntesis.

[23] GAY, P. (1996). Freud. Una vida de nuestro tiempo. Barcelona, España: Paidós.

[24] LACAN, J. (1999). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En Escritos 2. México D.F, México: Siglo Veintiuno.

[25] LACAN, J. (2000). Intervención sobre la transferencia. En Escritos, 1. México D.F., México: Siglo Veintiuno.

[26] MOLFINO, F. (2002). Sabina Spielrein, la paciente. En Vegetti (ed.), Psicoanálisis en femenino. Madrid, España: Síntesis.

[27] RODRIGUÉ, E. (1996a). Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis, I. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

[28] RODRIGUÉ, E. (1996b). Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis, II. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

